

instituciones agrarias públicas en España entre 1847 y la Guerra Civil, mostrando cómo, a pesar de su debilidad inicial, se fueron consolidando y tuvieron un impacto cada vez mayor conforme se entraba en el siglo xx, a pesar de la fuerte oposición de los propietarios. Clar completa este caso con su análisis de las políticas agrarias llevadas a cabo por las dictaduras de Franco en España y Salazar en Portugal, mostrando cómo las políticas corporativistas iniciales tuvieron que adaptarse a los dictados del desarrollo económico como única forma de supervivencia de ambas dictaduras.

Pazzagli muestra los orígenes de la educación agraria en Italia, que surgió de forma temprana en los años 30 del siglo xix, no creándose un sistema reglado y público hasta finales de la mencionada centuria. Kurucz también enfoca su participación en la educación agraria húngara, centrándose en un estudio de caso, el *Georgikon*, institución que fue muy importante en la formación de profesionales y la difusión de los nuevos métodos agrícolas, en un contexto no muy propicio para ello debido a la estructura aún feudal del país.

Por tanto, la intervención estatal en las sociedades rurales es un tema hoy sometido a debate. Se muestra en esta obra la importancia de la legislación sobre los derechos de propiedad, que transformó las sociedades agrarias europeas a finales del siglo xviii, pasando a otros campos donde las medidas gubernamentales parece que tuvieron un impacto mucho más limitado y necesitaron siempre buscar el apoyo de los sectores sociales implicados ya que sino habrían estado condenadas al fracaso.

En definitiva, una obra completa donde se tratan los principales temas que centran el debate sobre la transformación de las sociedades agrarias y el papel que ha tenido el Estado en tal proceso a lo largo de la historia contemporánea europea. Debe ser mencionado el excesivo espacio dedicado a Francia y Alemania, el cual podría haber sido destinado a otros casos que hubieran dado una visión más amplia a la obra. También se echa en falta una mayor organización, integración y definición de los casos estudiados por áreas geográficas (norte, sur y este de Europa), que presentan características comunes y diferenciadas con respecto al resto de las zonas. Quizás esa habría sido una forma más adecuada de organizar los capítulos. Finalmente, destaca el primer capítulo realizado por la editora, donde se sintetiza muy bien el debate y se exponen de forma clara los puntos clave que a lo largo de los capítulos posteriores serán desarrollados.

Francisco José Medina Albaladejo
Universidad de Murcia, Murcia, España

doi:10.1016/j.ihe.2011.05.010

Pre-Modern European Economy. One thousand years (10th-19th centuries), Paolo Malanima, Brill, Leiden-Boston (2009). 422 pp.

Malanima analiza la evolución de la economía europea desde la Alta Edad Media hasta los inicios del crecimiento económico industrial moderno en ocho capítulos. Los siete primeros abordan los cambios demográficos, los sistemas energéticos preindustriales, la agricultura, el comercio, la industria, el output y la demanda agregada. Cada uno de ellos termina con una pequeña conclusión que actúa de nexo e hilo conductor. Finalmente el capítulo ocho ofrece un marco teórico sobre la adecuación de los modelos de crecimiento económico a las economías preindustriales en el largo plazo.

Para el autor, la economía europea premoderna (preindustrial) constituía una economía dual, en la cual los rendimientos decrecientes en el sector agrícola fueron más acusados que los rendimientos crecientes en la industria y el comercio, por lo menos hasta 1800. De hecho, no sería hasta las primeras décadas del siglo xix cuando estos últimos tomaron mayor dimensión. En este

contexto, las distintas economías europeas no siguieron una trayectoria uniforme para superar las restricciones del modelo de crecimiento malthusiano. Por estas razones, la lectura de este libro debe hacerse en un contexto historiográfico amplio. Mientras Maddison [Maddison (2001), «The World Economy», in: *A Millennial Perspective*, París, OECD] subraya que el PIB per cápita en Europa Occidental se triplicó entre 1000 y 1820, otros autores introducen ciertos matices. Federico [Federico (2002), «The World economy 0-2000 AD: A review article». *European Review of Economic History* 6, 111-120] señala algunas inconsistencias en las estimaciones de Maddison y, por su parte, Van Zanden [Van Zanden (2005), «Una estimación del crecimiento económico en la Edad Moderna». *Investigaciones de Historia Económica* 1, 9-38] muestra que el PIB per cápita en las economías europeas creció más rápido entre los años 1000 y 1450 que entre 1450 y 1800, si se exceptúan en este último periodo a Inglaterra y los Países Bajos. Igualmente en una línea menos optimista que la argumentada por Maddison se sitúan los trabajos de Álvarez y Prados [Álvarez y Prados (2007), *Searching the Roots of Retardation: Spain in European Perspective, 1500-1850*, Working Papers in Economic History. Universidad Carlos III] y el propio Malanima (capítulo seis).

Según estas premisas, el libro de Malanima constituye una síntesis y aportación excelente sobre la evolución económica de las principales regiones de la Europa premoderna presentando sus principales características, instituciones, limitaciones y diferencias en un contexto global y mundial. En las siguientes líneas señalaré aquellos aspectos más sobresalientes de cada uno de los capítulos con la finalidad de estimular el debate sobre el crecimiento y la evolución económica en las sociedades preindustriales.

En el capítulo primero se indica que la población europea (y mundial) se multiplicó como mínimo por cuatro entre los años 900 y 1800. Sin embargo, la capacidad productiva de las regiones europeas no se incrementó en los mismos términos. En el capítulo siguiente se señala que los cambios tecnológicos en la explotación de los recursos energéticos disponibles no se derivaron de avances científicos, sino que más bien obedecieron a un contexto evolutivo. De hecho, aunque se produjeron algunas innovaciones importantes en los siglos centrales de la Edad Media (por ejemplo, la utilización del caballo en la agricultura permitió un crecimiento extensivo de la producción), la utilización del agua, la energía eólica (molinos y barcos) y la pólvora en distintos procesos industriales apenas suponía el 2% del consumo energético total. El carbón y la turba sólo desempeñaron un papel importante en Inglaterra y en los Países Bajos. Las mejoras en la eficiencia energética (utilización de molinos y estufas) no implicaron transformaciones importantes. En definitiva, entre la Baja Edad Media y 1800, la disponibilidad de energía per cápita disminuyó a pesar de algunas innovaciones, mientras que la tasa de crecimiento demográfico creció más del doble entre 1400 y 1800.

En el capítulo tercero Malanima distingue dos etapas en la evolución del sector agrícola. Un primer periodo, entre 800 y 1300, caracterizado por un crecimiento demográfico y económico lento, por modestos avances en el suministro de energía y en la tecnología agraria y por condiciones climáticas favorables. Una segunda etapa, entre 1400 y 1820, en la que el desarrollo agrícola no se corresponde con los movimientos demográficos. Mientras la población europea aumenta desde 1450, se ralentiza su crecimiento durante el siglo xvii y vuelve a crecer desde principios del siglo xviii, el sector agrícola presenta otras pautas. A pesar del éxito de la agricultura inglesa y holandesa durante el siglo xvii, la agricultura europea presenta un estado relativamente estacionario e incluso una cierta tendencia a la baja hasta 1820: a) la renta de la tierra presenta una tendencia creciente desde finales del siglo xvii; b) a excepción de Inglaterra y los Países Bajos, la productividad del trabajo agrícola cae entre 1500 y 1800 (en un modelo de dos factores productivos, tierra y trabajo, si aumenta la renta de la tierra debe disminuir el precio

del trabajo); c) el producto agrícola per cápita disminuye en toda Europa (Alemania, Austria, Bélgica, España, Francia, Inglaterra, Italia, Países Bajos y Polonia) entre 1500 y 1800; d) los precios agrícolas aumentaron más del doble en el conjunto de Europa entre 1740 y las dos primeras décadas del siglo XIX. Las hambrunas reaparecieron a partir de 1760 y se acentuaron durante el periodo napoleónico; e) el aumento de los recursos energéticos suministrados por el sector agrícola —lana, alimentos y fuerza de trabajo animal representaban más del 90% de la energía total— fue más lento que el crecimiento demográfico.

En los capítulos cuatro y cinco se reflexiona sobre los rendimientos crecientes del comercio y de la industria, respectivamente. No obstante, a pesar de que entre la Baja Edad Media y el periodo napoleónico aumentó la extensión y dimensión de los mercados gracias a la navegación marítima, los costes de transporte y transacción continuaron siendo elevados y siguieron existiendo numerosas dificultades en la circulación de los artículos básicos. Por su parte, el comercio interior —vía ríos, carreteras, ferias y mercados locales— apenas superó los límites de las economías agrícolas. Con respecto a la industria, los avances tecnológicos, los conocimientos científicos, los cambios organizativos y el dinamismo de las economías urbanas entre los siglos XIV y XIX permiten esbozar un panorama mucho más optimista.

En el capítulo seis, Malanima aborda estas diferencias entre los rendimientos decrecientes del sector agrícola y los rendimientos crecientes del comercio y la industria, analizando la dinámica del crecimiento económico a largo plazo. En términos agregados la situación es clara: la población mundial pasó de 50 millones de habitantes alrededor del año 1000 a casi 200 millones en 1800, tanto el producto agrícola como el industrial se incrementaron y los intercambios comerciales se intensificaron. Sin embargo, en términos per cápita el resultado es diferente. Malanima subraya que los salarios crecieron muy poco en términos nominales y se redujeron en términos reales, por lo que muy probablemente las condiciones de vida empeoraron. Los precios en Europa subieron más del doble durante el siglo XVI, se mantuvieron constantes durante el siglo XVII y aumentaron cerca de un 60% durante el siglo XVIII. Según los cálculos de este autor, «el PIB per cápita pasó de 1,347 en 1500 (en dólares de 1990 ajustados por la paridad del poder adquisitivo) a 1,346 en 1800». En dicho contexto, se identifican tres grandes regiones: a) expansión económica en el Norte de Europa: Inglaterra y los Países Bajos; b) declive económico en el Mediterráneo: España e Italia; y c) estabilidad en Europa Central: Alemania y Francia.

En el capítulo siete, el autor estudia los componentes de la demanda agregada. En las sociedades premodernas las necesidades básicas (consumo privado) representaban aproximadamente el 85%, el gasto público podía representar entre el 5-8% y la inversión podía moverse entre el 5 y el 10%. En las economías familiares preindustriales el 70% de los ingresos se destinaba a la alimentación, mientras que el 30% restante cubría el resto de las necesidades: un 10% para la calefacción, alquiler e impuestos y un 20% para bienes de consumo duradero (objetos de artesanía local e incluso productos de lujo como el cristal, telas preciosas y mobiliario para las clases sociales más acomodadas). Esto significa que apenas el 10% de los bienes de consumo duradero fueron producidos por mano de obra calificada y el uso de materias primas de alto valor. Es decir, la demanda masiva de artículos baratos (textiles, mobiliario y útiles del hogar) destinada a una gran mayoría de la población estimuló el desarrollo industrial en una proporción muy pequeña.

Una vez expuestos todos estos detalles el autor cierra su exposición con el desarrollo de un modelo teórico de crecimiento para las economías europeas premodernas. En definitiva, un libro excelente, fundamental y de lectura obligatoria para todos aquellos investiga-

dores interesados en la evolución del crecimiento preindustrial en Europa.

Fernando Ramos Palencia

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, España

doi:10.1016/j.ihe.2011.05.011

La estabilización monetaria de 1680-1686. Pensamiento y política económica, Cecilia Font deVillanueva. Estudios de Historia Económica, N.º 52, Banco de España, Madrid (2008). 118 pp.

Este trabajo recoge una parte de la tesis doctoral defendida por la autora en la Universidad Autónoma de Madrid. Su objetivo consistió en estudiar las acciones de política económica que se desarrollaron en Castilla durante el reinado de Carlos II, impulsadas en un principio por el gobierno de don Juan José de Austria y finalmente concretadas bajo los sucesivos mandatos del Duque de Medinaceli y del Conde de Oropesa, que tuvieron como efecto el ajuste de un sistema monetario maltrecho tras varias décadas de sucesivas alteraciones dictadas por motivos fiscales y por las necesidades de financiación de las empresas de la Monarquía en el exterior. Con este propósito de dar noticia de las reformas que el sistema monetario castellano experimenta entre los años 1680 y 1686, que afectaron tanto a la moneda fraccionaria de vellón como a la moneda preciosa de plata, Font Villanueva acude a diferentes fuentes.

El libro se divide en cinco partes. En la primera, dedicada a la crisis castellana del siglo XVII, no hay nada especial que resaltar. En el capítulo 2, *Pensamiento monetario. 1669-1690*, la autora analiza los escritos de los principales arbitristas del periodo y sus ideas monetarias: Muñoz Suárez, Antonio Somoza y Quiroga, Thomas de Argüello, Domingo Centani, Juan Sánchez de Uribe y Salazar y un autor anónimo. No falta la cita a Miguel Álvarez Osorio y Redín. En estas páginas se expone el pensamiento monetario vigente a finales del siglo XVII y la influencia que tuvo sobre las medidas aplicadas entre 1680 y 1686, si bien, dado que en general la mayoría de los argumentos que exponen estos arbitristas ya los habían declarado autores anteriores, no se puede deducir de estas páginas una interpretación novedosa de las reformas.

La tercera parte del estudio describe, por un lado, el contexto político de aquellos años del reinado de Carlos II, y, por otro, la complicadísima situación monetaria sobre la que es necesario actuar. Se hace un repaso a las decisiones adoptadas sobre las piezas fraccionarias desde principios del siglo XVII, en el que se cometen algunas inexactitudes, pues las emisiones de moneda de vellón sin contenido de plata comenzaron en 1602 y no en 1603, como vemos escrito.

Moneda e inflación van unidas y de su estrecha relación ya eran conscientes los gobernantes del periodo aquí tratado. Por tanto, la reforma de los años 1680-1686 tiene su origen en la convocatoria en marzo de 1679 de una Junta especial que decidió aplicar una reducción del valor nominal de las monedas o «baja» a todas las piezas fraccionarias circulantes, indistintamente, ya fueran falsas o legítimas.

Para ejecutar el acuerdo adoptado, la primera ley dictada fue la Pragmática del 10 de febrero de 1680. En este punto, me parece importante que la autora de la investigación se haya detenido en señalar que, como complemento a la baja de la moneda de molinos ligada de plata, de la moneda de molino de puro cobre y de la moneda de molino fabricada fuera de estos reinos e introducida en ellos, había otros dos apartados, en los que se especificaban medidas concretas para paliar las pérdidas que tanto los poseedores de las monedas como aquellos que tuvieran deudas contraídas de antemano con la Real Hacienda iban a padecer. Desde 1652 era habitual